

MEDITACIÓN SOBRE LAS SIETE PALABRAS



PRIMERA PALABRA

Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen

Había comido con publicanos y pecadores para decir que él venía, como el médico, para los enfermos y no para los sanos. Había perdonado al parálítico antes de curar su parálisis física. Había perdonado a la adúltera. Su vida fue un acto de perdón. Su muerte llevó al extremo esta misión de revelar y realizar la misericordia divina para con los pecadores.

La voz del Crucificado expresa su última voluntad ante el Padre: perdona a los que me torturan y dan muerte. A todos nosotros, cómplices, de un modo u otro, del pecado del mundo. Con acciones y con omisiones, con excesos y con cobardías. El pecado, mi pecado, crucifica a Dios, pues le empuja a bajar a lo más hondo del sufrimiento para convertirlo en redención y en amor. Yo estaba allí, yo estoy allí. Y no soy inocente.

Mira a los ojos del Señor: Me dice: tú, perdonado por mí, ¿vivirás haciendo de tu vida un acto continuado de perdón? ¿Morirás pidiendo perdón y perdonando? La misericordia de Dios es infinita, rebasa todo lo que podemos pensar. ¿Crees de verdad en esa misericordia? ¿La practicas?

SEGUNDA PALABRA

En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso

Al Gólgota o Calvario, antes o después, subiremos todos. Es un monte donde la Cruz del Señor está acompañada por millones y millones de cruces humanas: explotados, humillados, enfermos, traicionados, hambrientos... Los dos bandidos nos representan a todos nosotros, somos ellos. Ellos son nosotros.

Uno de aquellos sólo mira su dolor, ignora el dolor de los otros dos crucificados, especialmente el de Jesús. Se rebela contra un Dios que no se baja de la cruz y le libera a él, a él, a él. El otro bandido, mira a Jesús y siente compasión de aquel inocente al que han conducido al suplicio. “Este es nuestro sitio pero no el suyo”, piensa y dice.

Ahora, examina tus sentimientos: ¿qué pides en estos momentos al Nazareno? ¿Que baje de la cruz y destruya tus sufrimientos? ¿Le compadesces antes que compadecerte a ti mismo? ¿Te importan los dolores ajenos, las desgracias y sufrimientos de tantos crucificados o sólo sientes los tuyos? “Acuérdate de mí cuando un día llegue tu Reino”, le dice a Jesús. Y Jesús le corrige: Hoy, hoy, estarás, está ya conmigo en el paraíso. Porque estar con Jesús, comulgar con él, es estar en el paraíso.

TERCERA PALABRA

Madre, he ahí tu hijo, hijo he ahí tu madre

Es la prueba palpable de que María no tuvo más hijos. Clavado en la cruz, moribundo, quiere proteger a la madre y la encomienda al discípulo amado haciéndole hijo de su Madre y hermano suyo. Es un acto de adopción divino, con la autoridad de Dios y con la autoridad del amor del moribundo hacia el discípulo y hacia la madre. El Discípulo la acogió como Madre y ambos acogieron el Espíritu del Crucificado cuando expiró. Expiró la vida y espiró su Espíritu.

Madre y Discípulo: la Iglesia del Señor, su Cuerpo místico. María estuvo presente en Pentecostés pidiendo el Espíritu, ella, mujer que fue santificada y fecundada por ese mismo Espíritu. María, madre de los pobrecillos: indios en Guadalupe, enfermos en Lourdes, pastores en Fátima... Si quieres que también sea tu madre, tendrás que estar entre ellos.

Hoy, María, al pié de la Cruz, llora por las madres con hijos drogadictos, separados, en paro; llora por ellas y con ellas. Y llora por los hijos no nacidos, por esas madres empujadas al aborto y abortadas como madres, a veces por sus propias madres o por sus novios. Lloro por quienes compran vientres para sentirse madres y llora por una sociedad de ancianos solitarios donde hay más perros que niños. Lloro, llora... y reza a su Hijo para que el mundo despierte de esta locura que le conduce al desastre.

CUARTA PALABRA

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

No hay un momento de la vida del Señor que no esté referido a Dios, que no contenga una invocación al Padre, a Dios. Dios está en la vida de Jesús continuamente y Jesús está unido a Dios Padre en todo instante. Y, sin embargo, ningún hombre ha experimentado la ausencia de Dios, su silencio, su lejanía, con la intensidad que lo experimentó Jesús en la Cruz. ¿Os parece extraño? Pues no lo es. Quien no ama no siente la ausencia del amado; sólo quien ama echa de menos y grita el nombre del amado.

¿Por qué me has abandonado? La conciencia humana de Jesús está nublada, oscurecida por la tortura y la soledad. Pero estas palabras son el comienzo del Salmo 22, el comienzo de una oración que se había elevado en Israel ya mucho antes desde el sufrimiento. Y es una oración que describe la amargura, pero que en la segunda parte se abre a un canto de esperanza. Jesús estaba recitando un salmo durísimo pero que es un mensaje de esperanza. Dios no abandona. La tragedia de nuestro mundo es que muchos ya ni echan de menos a Dios. Ojalá que nosotros gritemos con Jesús en la hora de nuestra muerte porque le hemos invocado a lo largo de nuestra vida.

QUINTA PALABRA

Tengo sed

Deshidratado tras una noche de bofetadas, burlas y azotes hasta casi desangrarse. Una sed rabiosa, ansiosa. Es la petición de un mendigo, de Dios mendigo al hombre. Expresa la sed de Dios, la sed más profunda del hombre que reza el Salmo 62: Mi alma tiene sed de ti como tierra reseca, agostada, sin agua. Sed de Dios, de su presencia, de su amor. Solo ese amor nos saciará: Inquieto está nuestro corazón hasta que descanse en ti, dice San Agustín.

Pero es también la sed de Dios: Dios está sediento de nosotros como el Padre que espera al hijo perdido y evadido de la casa. Como el esposo de la esposa que le abandonó. Nos añora, nos desea, nos ama. Si tu padre o tu madre te abandonan, yo no te abandonaré. Más que un padre, más que una madre. Sediento y deshidratado, pero de su corazón manará agua que inundará el mundo y fecundará los corazones.

Abramos el corazón ante el grito del Señor en la cruz. En nuestro corazón brotará una fuente que manará hasta llegar a la vida eterna. Nunca volveremos a tener sed, nunca negaremos nuestra agua al sediento. Dios será el río de la vida.

SEXTA PALABRA

Todo se ha cumplido

Cumplido, terminado, llevado hasta el final. Se ha cumplido la Escritura, la Palabra divina que va guiando la historia y dando sentido a los acontecimientos. La Palabra de Dios no vuelve a Dios vacía. Las cosas no ocurren por casualidad, ni por azar. Todo tiene sentido, todo camina a un fin. La Escritura se adelanta, pronostica, empuja, acelera, orienta.

Jesús ha cumplido su misión, hasta el último detalle. Ha orado con lágrimas en las madrugadas de Cafarnaúm, ha predicado la Verdad, ha perdonado y sanado, ha caminado hasta la cruz. Ha cumplido la voluntad del Padre. El demonio, sin quererlo, y ayudado por los hombres bajo su dominio, por el mundo pecador, también ha cumplido creyendo lo contrario, creyendo que destruía al amor. Pero su odio ha colaborado sin querer al acto de amor más grande.

La historia se ha cumplido: es el final, el triunfo del amor. El mundo actual terminó en la cruz. Ahora toca esperar y acelerar la llegada del Reino. Ayúdame, Señor, a cumplir tu voluntad, a hacer mi tarea en el mundo. Que pueda gritar al final: Todo se ha cumplido, he cumplido mi misión, he entregado mi vida a la causa de Jesús.

SÉPTIMA PALABRA

Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu

Perdón, promesa de compañía, Madre, sed, angustia y soledad, cumplimiento... Y todas las palabras desembocan y se resumen en esta final: ¡Padre! Sí; Padre, Abba, Padre amoroso, Padre cercano, Padre entrañable, Padre. Si la palabra propia de Jesús fue esa, Abba, Padre, ¿cómo no iba a ser la final? Es la palabra que nos ha dejado, que nos ha regalado: que sea el eje de nuestro lenguaje.

En tus manos pongo mi espíritu. O sea: te entrego confiado la vida. ¿En qué manos mejor? Si de él salimos, si sus manos divinas nos dieron forma como el alfarero a su vasija, ¿abandonará Dios la obra de sus manos? ¿Nos dejará rotos como un cacharro viejo? Dios no es un Dios de muertos sino de vivos, dijo Jesús a aquellos saduceos que negaban la resurrección.

Si toda su vida había sido la entrega a la voluntad de Dios, si Dios había sido su descanso y su reposo, ahora, llegado el momento final, esa vida se resuelve en un último acto de confianza y de amor. Te entrego la vida que ya te entregué desde el primer momento, que te he estado entregando siempre, porque siendo tuya está guardada para mí, está acogida, defendida, protegida.

